

Mientras haya pulque y toros no habrá civilización en México

No habrá teatro mexicano mientras el pueblo esté corrompido por espectáculos viles como el de los toros, que acaban con la virilidad y el gusto.

ACOGIENDO las ideas emitidas recientemente por nuestro amigo y compañero don Carlos González Peña, acerca de la necesidad de estimular el arte teatral en México, fomentando la educación de los jóvenes que tengan inclinación y dotes artísticas para crear verdaderos actores, hemos resuelto abrir una encuesta entre todos aquellos elementos que, por sus luces, puedan indicar cuál es el medio más seguro de lograr aquel fin.

Abrimos esta encuesta con el señor Secretario de Educación Pública, Licenciado Vasconcelos, a quien entrevistamos ayer a medio día, por la caballerosa mediación de su secretario particular, don Jaime Torres Bodet.

El señor Licenciado Vasconcelos dió respuesta a nuestras preguntas, de la siguiente manera:

1º—No creo que el teatro ni ninguna otra actividad social se desarrolle mediante estímulos extremos, ni mucho menos gubernativos. Las academias de arte nunca han dado buen resultado en ninguna parte. Siempre recordaré la ocasión en que salí horrorizado del Teatro de la Academia Francesa, tapándome las orejas para no oír los gritos horribles de Mounet Sully ni el canto de todas aquellas artistas convencionales, que son producto natural de esos establecimientos. Las verdaderas artistas en materia de teatro son las italianas, y éstas se han formado en el teatro mismo, a veces en compañías de la legua, y han ido creciendo impulsadas por su propio genio; entiendo que así se han formado la Duse, la Mariani y otras que no hace muchos años visitaron México. La excelencia del teatro argentino la atribuyo a la influencia italiana y a su origen popular. No sé que el Gobierno argentino gaste grandes sumas

en escuelas de arte teatral, ni que pensione artistas de teatro en el extranjero; esa no es manera de crear arte; el arte nunca es un producto artificial sino una manifestación espontánea, y por lo mismo juzgo que el arte teatral de México deberá salir de los teatros populares y no de nuestros conservatorios.

2º—Por supuesto que debe suprimirse la pronunciación de la *c* y de la *z* españolas, pues es una tontería hablar de un modo en la vida y de otro en el teatro. El defecto principal de nuestras artistas de teatro consiste en querer imitar de una manera ciega a las actrices españolas, que por una parte nunca han llegado a la excelencia de las italianas, y que además están muy bien pronunciando sus *z* a su manera, tanto como las nuestras se ponen en ridículo cuando pretenden imitar el acento español.

3º—No creo que el teatro mexicano no se desarrolle por culpa del boicoteo de empresarios extranjeros.

Si no hay teatro mexicano es por la misma razón por lo que no hay espectáculos ni verdadera vida artística; porque nuestro pueblo está corrompido por espectáculos viles como el de los toros, que acaban con la virilidad y con el gusto. No hay nada más cobarde que la actitud del público de toros que goza con el valor ajeno, con el valor del torero,—cuando por excepción, lo tiene,—pero no toma parte alguna en el espectáculo y exige proezas sentado, sin peligro, entre una multitud de salvajes. Para estimular la producción de obras de arte mexicanas es necesario sacar al pueblo de las tabernas y de los toros. Mientras haya pulque y toros no habrá teatro mexicano, ni arte mexicano, ni civilización mexicana.

(El Universal. México. D. F.)

La conversión de Giovanni Papini

(Por M. ZEPPA DE NOLVA)

EL mundo literario cuenta con un nuevo converso: Giovanni Papini al publicar su *Storia di Cristo* se afilia entre los defensores de la religión, y su primera obra es apologética, doctrinal, pesada y desprovista de gracia, reflejo de un corazón sencillo y de un espíritu que ha recobrado la ingenuidad. Siem-

pre se abren con temor y se leen con recelo las páginas que contienen la fe nueva o renovada de un apóstol... Cuando la gracia ilumina a uno de estos hombres arrepentidos tardíamente, no se traduce sino por efusiones reiteradas que no comunican al lector la emoción o el éxtasis del converso.

Los balbuceos inciertos y turbadores de la oración de Pascal no están al alcance de todo el mundo.

Papini nació en Florencia en 1881. Hijo de una familia pobre, estudió para institutor, pero no pudo dedicarse a la enseñanza por falta de salud. Inicióse en la filosofía por el camino del pesimismo, que abandonó de pronto para consagrarse al estudio de la literatura española, atraído sobre todo por la inmensa figura de Don Quijote. En unión de algunos amigos fundó en 1900 una revista: el *Iconoclasta*, cuyo propósito era derrumbar los falsos ídolos de la sociedad y del espíritu. Más tarde, en 1902, fundó en Florencia otra revista, *Leonardo* (1903-1907), que ejerció grandísima influencia sobre la juventud italiana. Allí aparecieron los primeros cuentos de *Lo trágico cotidiano*. En esa época se coloca a la cabeza de los pragmatistas italianos de entonces, que simpatizaban vivamente con la filosofía inglesa de Schiller, la norteamericana de James y la francesa de Bergson. De pronto apareció como redactor principal de la revista *Regno*, órgano del nacionalismo italiano y aun hizo entonces un viaje de propaganda por Italia. A este período pertenecen *Il Crepuscolo dei filosofi*, estudios no desprovistos de ironía acerca de Hegel, Schopenhauer y Nietzsche, e *Il Tragico quotidiano*. Así nació su celebridad. Después de una campaña enérgica en favor de la renovación de la cultura, retiróse en 1907 a la soledad de las montañas, y allí vive la mayor parte del año desde entonces. *Memorie d'Iddio* (1911) y *Altre Metá* (1911), son ensayos de filosofía mefistofélica en que abundan conceptos negativos sobre el mal, la nada y lo imposible. En 1913 apareció *L'Uomo finito*, autobiografía intelectual que es uno de sus mejores libros. Por esa época comenzó a publicar *Lacerba* (1913-1915) revista de estrechísima mala fama, que publicó escritos escandalosos, por uno de los cuales, consagrado precisamente a Jesucristo, se le acusó ante los tribunales. Se afilió por algún tiempo al futurismo, del que se apartó por no encontrarlo bastante revolucionario. En 1915, en plena guerra, publicó su primer libro de versos, *Cento pagine di poesie*, al que siguió luego *Opera prima*. Ha escrito también un penetrante estudio crítico sobre Carducci, y muchos artículos en diversos periódicos, aunque aparenta detestar el periodismo.

Esa es, en resumen, la carrera de este autodidacta, que comienza con la negación total, con las demasías de la blasfemia y llega al fin a la abdicación total de la razón ante la más sencilla fe. Según creencia popular los negadores violentos están más cerca de la fe que los escépticos fríos, y este ha sido